

El plural concepto del buen carácter

The plural concept of good character

Dr. José Antonio IBÁÑEZ-MARTÍN. Catedrático Emérito. Universidad Internacional de La Rioja (UNIR) (jaimm@unir.net).

Resumen:

El movimiento educativo promotor de la educación del carácter ha ido adquiriendo mayor fuerza últimamente, siempre en el ámbito de la cultura inglesa. En el artículo, se muestran las diferencias entre *good character* y buen carácter, señalando las cualidades que identifican los dos sentidos que, especialmente en español, tiene el buen carácter. Para ello, se hace un análisis filológico, filosófico y psicopedagógico. Se diferencia entre temperamento y buen carácter y se subraya la importancia por alcanzar un buen carácter en su superior significado, para uno mismo y para las personas sobre quienes se tienen responsabilidades educativas. Se propone una lectura trascendida de *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, estudiando las cualidades humanas centrales del buen carácter que allí se descubren, como expresión relevante de la cultura española.

Descriptores: Diferencia entre buen carácter y *good character*, diversos sentidos del buen carácter, cualidades básicas de los diversos sentidos, importancia de la lectura de el *Quijote* para la educación del buen carácter.

Abstract:

Support for character education has been gaining momentum in recent years, invariably in educational circles across the Anglosphere. This paper distinguishes between good character and *buen carácter* and highlights the distinctive features of the two meanings attributed to good character, particularly in Spanish. It undertakes a philological, philosophical and psycho-pedagogical analysis to this end. Moreover, it draws a distinction between temperament and good character and stresses the importance of developing a higher standard for good character, both for oneself and for those in whose hands educational responsibilities are placed. For this purpose, it considers the main human qualities at the heart of good character based on a transcended reading of one of the most prominent representations of Spanish culture, *The Ingenious Gentleman Don Quixote of La Mancha*.

Keywords: Difference between good character and *buen carácter*, various meanings of good character, fundamental features of the different meanings, importance of reading *Don Quixote* in the development of good character through education.

Fecha de recepción de la versión definitiva de este artículo: 20-12-2022.

Cómo citar este artículo: Ibáñez-Martín, J. A. (2023). El plural concepto del buen carácter | *The plural concept of good character*. *Revista Española de Pedagogía*, 81 (284), 107-122. <https://doi.org/10.22550/REP81-1-2023-06>

<https://revistadepedagogia.org/>

ISSN: 0034-9461 (Impreso), 2174-0909 (Online)

revista española de pedagogía
año 81, n.º 284, enero-abril 2023, 107-122



1. Introducción

Entre las discusiones más acerbadas que se han desarrollado estos últimos años en la universidad se encuentra la de la libertad de expresión, que se ha puesto en entredicho no pocas veces impidiendo el discurso de personas o asociaciones que otros pensaban que no podían realizarlo porque era un *hate speech*, un discurso de odio, al pretender argumentar contra sus creencias. Obviamente, la siembra del odio debe ser evitada. Pero no cabe olvidar que la universidad debe estar abierta al intercambio de razonamientos y que, en ocasiones, lo que ocurre es que hay personas que realmente temen oír la verdad y se empeñan en que solo tenga sitio en la plaza pública lo *políticamente correcto*, lo que dicta la ideología dominante, que pretende convertirse en el criterio de conducta de todos los ciudadanos.

La traducción de estas ideas al mundo de la educación ha sido lenta, pero inexorable. Primeramente, desaparece de la conversación el término *virtud*, hasta el extremo de que Paul Valéry, como director de la Academia Francesa, pronuncia un discurso, el 20 de diciembre de 1934, en un premio de la Academia, donde afirma: «*ce mot vertu est mort, ou du moins il se meurt*»¹ (esta palabra, *Virtud*, está muerta o, al menos, se está muriendo) (p. 2). Con los años, lo que desaparece es el *bien*, que va siendo sustituido por lo correcto, hasta terminar en lo *políticamente correcto*.

Ahora bien, cualquier persona que se dedique a la educación sabe que pretender cerrar el mundo educativo dentro de los saberes científicos y las competencias es imposible, por lo que en el último tercio

del siglo xx surgieron diversos movimientos sobre educación moral, como los de Kohlberg o Gilligan, que lograron una gran pujanza en su momento.

Entre estos movimientos ha ido adquiriendo mayor fuerza el de la educación del carácter, cuyos orígenes son muy antiguos, pero cuyas formas de presentarse han sido muy variadas a lo largo de estos años. Por ello, vamos a estudiar lo que consideramos que es el *buen carácter*, por lo que veremos primero los significados en español y en inglés del término *carácter* para pasar luego a ver su interpretación desde una perspectiva filosófica y desde un planteamiento psicopedagógico.

Por último, haremos unas reflexiones sobre el plural concepto del buen carácter para terminar con unas propuestas sobre su contenido, teniendo especialmente en cuenta la cultura española.

2. Los significados del término carácter en la lengua española y en la lengua inglesa

Carácter viene del griego *kharaktés*, que comenzó designando el hierro que se imprimía en el ganado propio para distinguirlo del ajeno. Si acudimos al *Diccionario de la Real Academia Española* (DRAE) y al *Oxford Dictionary of Current English* (ODCE) podemos comparar las semejanzas y diferencias que median entre *carácter* y *character*.

Llama la atención que el DRAE es más explícito en relación con los originarios significados del término *carácter*, pues de-

dica 5 números para hablar de la señal que se pone sobre una cosa, como la marca o el hierro ya citados, o los tipos de imprenta. Por el contrario, el ODCE solo dedica el número 5, hablando de «*printed or written letter, etc.*» (letra impresa o escrita, etc.). En el ODCE, la primera significación es «*collective qualities or characteristics that distinguish a person or thing*» (conjunto de cualidades y características que distinguen a una persona o cosa), más breve, pero similar al significado de la DRAE, que dice «conjunto de cualidades o circunstancias propias de una cosa, de una persona o de una colectividad, que las distingue, por su modo de ser u obrar, de las demás».

Es significativo observar que en el ODCE el sentido 2a es *moral strength* (fuerza moral) y el 2b *reputation, esp. good reputation* (reputación, especialmente buena reputación). El significado en español más cercano es el número 9 del DRAE: «fuerza y elevación de ánimo natural de alguien; firmeza, energía». La diferencia es interesante, pues muestra que en inglés hay una relación inmediata con la moral, no existente en español, ya que la firmeza puede estar también en quienes actúan de forma inmoral.

Hay otros sentidos de menor importancia, pero también cabe señalar que el DRAE distingue entre el *carácter heredado*, que sería «cada uno de los rasgos funcionales o anatómicos que se transmiten de una generación a otra, en los animales y plantas», y el *carácter adquirido*, referido a los rasgos «adquiridos por el animal durante la vida». Por tanto, observamos que, en español, se habla de lo *heredado*,

refiriéndose a animales o plantas, y de lo *adquirido*, referido animales. Hay, así, una referencia indirecta al ser humano, animal racional, con un carácter que hereda, al que se suma lo que adquiere, que no existe en las plantas, y que es escaso en los animales irracionales y abundante en los racionales.

3. El concepto de carácter desde una perspectiva filosófica

Vamos a limitarnos a un par de autores especialmente señalados, como son Richard Peters, que tuvo durante bastantes años una considerable relevancia en el mundo de la filosofía de la educación, y Kant.

Peters señala que hay tres formas de hablar de carácter: el modo no comprometido, el carácter como estilo distintivo dentro de las características que identifican a una persona, y el *tener carácter*, que señala una firme vinculación a ciertos principios.² La relación de estos modos con el *buen carácter* es significativa. Obviamente, carece de sentido preguntarse por el buen carácter cuando nos movemos en el ámbito no comprometido. Por su parte, si nos referimos al estilo distintivo que distingue de forma más bien dominante, no podemos olvidar que cabrá hablar allí de un *buen carácter*, pero que también podemos referirnos a quien tiene un carácter tornadizo o atrabiliario.

El asunto es diferente si hablamos de *tener carácter*, pues con esto señalamos una firme vinculación con ciertos principios. En este punto, Peters (1981) se refiere a Kant,

en un conocido texto, cuya importancia nos obliga a comentarlo brevemente.

En la *Antropología* de Kant, leemos:

Poder decir de un hombre simplemente: “tiene un carácter”, significa, no solo decir mucho de él, sino también honrarle mucho; pues se trata de algo muy raro que suscita el respeto y la admiración. Cuando por dicho nombre se entiende lo que con seguridad se puede esperar de la persona, sea bueno o malo, suele decirse que tiene este o aquel carácter; y entonces la expresión designa la índole sensible. Pero tener simplemente un carácter significa aquella propiedad de la voluntad por virtud de la cual el sujeto se vincula a sí mismo a determinados principios prácticos que se ha prescrito inmutablemente por medio de su propia razón. Aunque estos principios puedan ser a veces falsos y defectuosos, el aspecto formal de querer, en general, obrar según principios firmes (y no andar saltando de acá para allá como en un enjambre de mosquitos), tiene en sí algo de estimable e incluso digno de admiración; como quiera que es también cosa rara.

No se trata aquí de lo que la naturaleza hace del hombre, sino de lo que este hace de sí mismo; pues lo primero es cosa del temperamento (en que el sujeto es en gran parte pasivo), y únicamente lo último da a conocer que tiene un carácter.

Todas las demás buenas y útiles cualidades del hombre tienen un precio, por el que pueden trocarse por otras de igual utilidad; el talento tiene un PRECIO DE MERCADO, pues el señor del país o del suelo puede emplear a un hombre semejante de toda suerte de maneras —el temperamento tiene un PRECIO DE AFECCIÓN; cabe pasarlo bien con la persona, que es un

compañero agradable—, pero el carácter tiene un VALOR intrínseco y está por encima de todo precio (1991).³

La cita es larga y plantea ideas interesantes, además de exponer la diferencia entre *precio* y *valor*, tantas veces luego repetida. Ahora bien, acudiendo a su argumento central, puede levantar algunas dudas. Kant advierte que la firme vinculación a principios no es todavía un carácter determinado, sino una disposición favorable al carácter; pues el carácter exige máximas que procedan de la razón y principios prácticos morales. Pero, como esto también puede originar nuevas preguntas, Kant concluye poniendo los principios negativos que conciernen el carácter, que serían los cinco siguientes:

No decir mentira de propósito; de aquí también el hablar con circunspección, a fin de no atraer sobre sí la afrenta de la mala fama.

No adular apareciendo por delante bien intencionado y siendo por detrás malévolo.

No quebrantar las promesas (lícitas); lo que, a su vez, implica seguir honrando la memoria de una amistad ya rota y no usar mal posteriormente de la anterior confianza y franqueza del prójimo.

No dejarse arrastrar a la amistad y familiaridad con las personas de malos sentimientos y recordando el *noscitur ex socio*, etcétera, limitar el trato con ellas a los asuntos indispensables.

No adherirse a la murmuración nacida del juicio superficial y malvado de los demás; pues el hacerlo delata ya flaqueza; como también moderar el temor a chocar con la moda, que es una cosa fugaz y mudable, y si ha conseguido ya una influencia de alguna importancia, no extender, al menos, su imperio hasta la moralidad (Id.).⁴

Finalmente, Kant concluye afirmando:

En una palabra, la veracidad en el interior de lo que el hombre se confiesa a sí mismo y al par en el comportamiento con todos los demás, convertida en máxima suprema, es la única prueba de existir en un hombre la conciencia de tener un carácter; y como tener este es el mínimo de lo que se puede exigir de un hombre racional, mas al par el máximo del valor intrínseco (de la dignidad humana), el ser un varón de principios (el tener un carácter determinado) ha de ser posible a la más vulgar razón humana y, por ello, superior en dignidad al mayor de los talentos (Id.).

No podemos entrar en un análisis detenido de estas ideas. Efectivamente, Kant ofrece con su propuesta de una índole sensible del carácter, la base para que Peters exponga una segunda forma de entender al carácter. Ahora bien, ya hemos señalado que esta forma no necesariamente cabe calificarla como la descripción del *buen carácter*. Se tratará, por tanto, en este momento, de estudiar si quien *tiene carácter*, según Kant, puede decirse que tiene un *buen carácter*. Es indudable que la veracidad interior, aceptando máximas extraídas de la razón y principios prácticos morales, decidiéndose a aplicarlos en el comportamiento también con los demás hombres, es algo meritorio. Pero es discutible que la más vulgar de la razón humana sea capaz de descubrir tales máximas y principios, calificados como indudables e inmutables, y tampoco los ofrecidos principios negativos que conciernen al carácter nos mueven a pensar que nos movemos en el horizonte que solemos entender como un *buen carácter*.

Hemos de reconocer que lo que nos ofrecen estos dos autores son ideas intere-

santes sobre el carácter. Pero quizá abren una visión, que hemos de desarrollar, que es precisamente la dimensión plural del concepto del *buen carácter*, para lo cual es conveniente acudir también a las perspectivas psicopedagógicas sobre el carácter.

4. Algunos planteamientos psicopedagógicos sobre el concepto de carácter

La perspectiva psicopedagógica suele tener un claro objetivo práctico, es decir, realizar un análisis de la realidad unido a las ciencias experimentales, junto a la investigación de los medios que serán más eficaces para solucionar las cuestiones planteadas.

Si seguimos el orden que hemos encontrado en los significados del término carácter en el lenguaje ordinario, la primera cuestión se refiere al conjunto de cualidades que distingue a una persona o a una colectividad. Esto plantea varios problemas, como son:

- a) La determinación de las cualidades distintivas de los diversos caracteres.
- b) El modo como esas cualidades pasan a formar parte de la personalidad de los individuos o incluso de las colectividades.
- c) La influencia de lo que no es adquirido sino heredado y el lugar de la libertad humana en la forja del carácter.

Ninguno de estos problemas tiene hoy una respuesta completamente luminosa.

Comenzando por la primera cuestión, es obligado referirse a Gordon Allport, que fue director del departamento de psicología de la Universidad de Harvard, donde desarrolló una muy relevante actividad desde 1924 hasta su muerte en 1967, y presidente de la American Psychological Association, entre otros méritos. Su aportación más conocida comenzó en 1937 con su libro *Personality: a psychological interpretation*, donde realiza un importante estudio de lo que caracteriza a cada individuo, analizando varios miles de componentes humanamente relevantes, publicando numerosos trabajos a lo largo de los años. Más tarde, en 1990, Goldberg⁶ publica un artículo, que le consagra, donde, recordando la obra de Allport y la de Cattell (1943)⁷, termina consolidando los factores esenciales que denomina *The Big-Five*, los cinco grandes, que serán repetidos hasta la saciedad.

Ahora bien, su modelo basado en los rasgos —abreviado como OCEAN— de *openness*, *conscientiousness*, *extraversion*, *agreeableness* y *neuroticism* (apertura, conciencia, extraversión, amabilidad y neuroticismo), ha sido sagazmente criticado, entre otros, por Kristjánsson quien, aun reconociendo su utilidad para ciertas cuestiones, afirma «el modelo adolece de arbitrariedad en cuanto a los rasgos que nos hacen “quienes somos” en un sentido cotidiano» (2013)⁸, del mismo modo que rechaza sea redundante hablar de carácter o virtud, que serían mejor expresados por los *self-concepts* (*self-esteem*, *self-regulation* y *self-efficacy*) (autoconceptos [autoestima, autorregulación y autoeficacia]), pues eso llevaría a un considerable empobrecimien-

to de las concretas virtudes que pueden tener los seres humanos.

En última instancia, los rasgos de personalidad no son suficientes para expresar la personalidad de alguien, pues no son suficientes para justificar la concreta acción humana, ya que, como afirma Zubiri «el hombre determina su sustantividad psicofísica, y esa determinación por apropiación de posibilidades es lo que constituye su virtud y su vicio» (1986).⁹

La segunda cuestión en el fondo marca la diferencia entre los seres humanos y el resto de la naturaleza. En una conocida frase, Ortega y Gasset decía que mientras el tigre no puede dejar de ser tigre, no puede *destigrarse*, el hombre vive en riesgo permanente de deshumanizarse. Evidentemente, esto significa, por otra parte, que el ser humano necesita humanizarse, es decir, según afirmaba Kant en otra frase igualmente famosa, el hombre necesita del hombre para llegar a ser hombre, no como el pato que a nadie ha de acudir para aprender a nadar, mientras que, por otra parte, significa también que la persona mejor educada puede deshumanizarse: todos hemos visto películas donde un oficial nazi busca judíos escondidos en una casa y mientras es capaz de tocar en el piano, que aparece en una sala, una obra de Bach, no por ello impide que sus soldados disparen a los armarios o a las camas por si allí se escondiera alguien.

Naturalmente, ese proceso de humanización tiene fuentes muy diversas. Algunas serán aleatorias, y suelen recibirse informalmente desde el contexto social, o se

producen como consecuencia de iniciativas personales que han surgido más o menos repentinamente. Otras, por el contrario, serán consecuencia de la educación que se recibe o de la iniciativa de la persona ilusionada en labrarse una vida que valga la pena vivir.

Hay quienes piensan que todos los procesos han de ser aleatorios y que debe evitarse cualquier educación que no sea la mera enseñanza de cuestiones científicas indiscutibles para evitar adoctrinamientos, paternalismo u opresión. Es obvio que una acción realmente educativa ha de evitar cualquier asomo adoctrinante (vid. Ibáñez-Martín, 2021)¹⁰. Pero ver las características de la autonomía humana y el ejercicio de la libertad desde esas exigencias es olvidarse de la condición humana y de la realidad de la actividad docente, intentando recorrer caminos que no llevan a ninguna parte. Tampoco faltan quienes piensan que el ser humano sigue los dictados de su temperamento o actúa siguiendo los criterios de la presión social. A ellos Ortega y Gasset les decía que la vida «no nos es dada hecha, sino que necesitamos hacérsela nosotros, cada cual la suya» (1964, p. 13)¹¹, y no son las circunstancias las que nos obligan, pues estas son las posibilidades entre las que hemos de elegir, como se ha dicho antes.

Quizá podríamos continuar el análisis de esta segunda cuestión haciendo una breve reflexión sobre la existencia de una personalidad propia de ciertas colectividades y su fuerza en todos sus miembros. Esta es una cuestión antigua y contemporánea. Platón la trata en dos

momentos. En *La República* afirma que son los individuos los que imprimen el carácter a las ciudades, y así se refiere por ejemplo a «la avaricia que suele achacarse a los fenicios o a los habitantes de Egipto» (436 a)¹². Su posición, más adelante, es más compleja pues, en *Las Leyes*, reconoce que en ciertos pueblos —vuelven a aparecer los fenicios y los egipcios—, reina la mezquindad por los hábitos pecuniarios de sus miembros, pero igualmente pide no

se os pase inadvertida una cosa en relación con los lugares, y es que los hay que aventajan a otros en cuanto a engendrar hombres mejores o peores, y que no se puede legislar prescindiendo de este hecho. En efecto, hay algunos de ellos que por los cambios de vientos, creo yo, o por los calores resultan desfavorables o bien favorables, y a otros les ocurre lo propio de las aguas, y a otros por la alimentación misma producida por la tierra, que no solamente puede influir sobre los cuerpos en bueno o en mal sentido, sino que también es no menos capaz de causar en las almas todos los mismos efectos; y entre todos estos tipos de territorios se distinguen especialmente aquellos que, bien sea por inspiración divina o por haberles correspondido en suerte a unos genios cualesquiera, acogen favorablemente, o al contrario, a todos aquellos que se van estableciendo en ellos.¹³

Pero esa personalidad de las colectividades no es exclusiva de los antiguos, pues continúa vigente en nuestros días, como cabe contemplar en unos versos de Miguel Hernández (1938), escritos en unos trágicos momentos, en los que describe a los pueblos de España diciendo:

Asturianos de braveza, / vascos de piedra blindada, / valencianos de alegría / y castellanos de alma, / labrados como la tierra / y airosos como las alas; / andaluces de relámpagos, / nacidos entre guitarras / y forjados en los yunques / torrenciales de las lágrimas; / extremeños de centeno, / gallegos de lluvia y calma, / catalanes de firmeza, / aragoneses de casta, / murcianos de dinamita / frutalmente propagada, / leoneses, navarros, dueños / del hambre, el sudor y el hacha, / reyes de minería, / señores de la labranza.¹⁴

Indudablemente, este conjunto de posiciones está muy relacionado con el tercer asunto que nos proponíamos analizar, que es la influencia de lo heredado y el lugar de la libertad en la configuración del ser de la persona. Efectivamente, la experiencia muestra el hecho misterioso de una comunidad originaria de características sobre los miembros de una colectividad, pero, a la vez, también observamos que incluso entre hermanos gemelos que han crecido en el mismo ambiente, se da una clara diversidad, lo que nos lleva a pensar que estos modos de ser y de pensar son la suma de herencias diversas, pues hay inclinaciones genéticas específicas que se unen a las que tienen una mayor generalidad. Esta herencia se llama temperamento, y se diferencia del carácter, principalmente, por sus orígenes y por su arraigo. En efecto, la experiencia muestra que la libertad humana, si es bien educada, puede modificar, con mayor o menor esfuerzo, el temperamento y el carácter que nos distinguen. Decía Zubiri:

la personalidad es algo que se va modificando en el curso de la existencia, en virtud de la cual el hombre es siempre el mismo como persona, pero nunca es lo mismo, por-

que en todo instante el hombre va modulando y matizando su personalidad (1986).¹⁵

Una vez que hemos presentado una visión general sobre el carácter, es el momento de pasar al punto básico, ya que es obvio que una educación del carácter, lo primero que tiene que saber es cuándo estamos buscando un *buen carácter*.

5. Diversas aproximaciones a la idea del buen carácter

Quizá lo primero es preguntarnos por qué hablamos de *buen carácter*, pues en español el adjetivo suele usarse para modificar un sustantivo o dar más información de ellos, de modo que generalmente se coloca después del sustantivo, al contrario que en inglés, excepto en el lenguaje poético en el que es más normal poner primero el adjetivo, como cuando Machado dice: «y el irrisorio casco / del buen manchego» (1951)¹⁶. Pero esto tiene no pocas excepciones, especialmente si el orden cambia el significado (no es lo mismo *una vida buena* que *una buena vida*, ni *un pobre hombre* que *un hombre pobre*) o si se pretende enfatizar una cualidad, como cuando decimos: esta es una *buena pintura*.

En el caso del *buen carácter*, no se trata de un cambio de significado según el orden en el que se encuentra el adjetivo. No es posible tampoco pensar que hablar del buen carácter manifiesta una ironía en la intención del hablante, como cuando decimos *qué documentada argumentación*, una vez escuchado un discurso lleno de vaciedades. Quizá se ha convertido en una combinación fija de adjetivo y sustantivo, como cuando

hablamos del *libre albedrío*, pues hablar del *carácter bueno* es algo que se da pocas veces, también porque la educación del carácter ha crecido en el área cultural inglesa y es fácil pasar del *good character* al *buen carácter*.

Pero me parece que la conversación sobre el *buen carácter* nos puede llevar a una reflexión sobre el plural concepto del buen carácter y los distintos niveles del buen carácter que se dan en español, que tienen una cierta diferencia con los usos en inglés.

En efecto, recordemos que en inglés la segunda significación de carácter es *moral strength*, mientras que la palabra *moral* no aparece en ningún significado español del término carácter.

Esto quizá es la base de por qué los ingleses dicen que *character education* es un *subset of moral education* (la educación del carácter es un subconjunto de la educación moral) (Arthur et al., 2017)¹⁷, de modo que las presentaciones más nuevas de la educación del carácter la unen con la presencia de las virtudes en el quehacer docente. Me parece indudable tal presencia, pero un análisis de los usos en español del *buen carácter* me lleva a pensar que hay un plural concepto del *buen carácter*, que incluye tanto a elementos donde las virtudes morales tienen presencia como a otros elementos más relacionados con el tercer significado en el DRAE de la palabra *bueno*, que significa «gracioso, apetecible, agradable, divertido», elementos que no están necesariamente unidos a la moral.

Como muestra de la diferencia entre buen carácter y moral, cabe poner un

ejemplo que se ha publicado recientemente en la prensa:

JRBM fue el alcalde más votado de su comarca. Ahora rinde cuentas ante la justicia por su red de contrabando de tabaco, que se extendía por EE. UU. o China. Todo el mundo en su pueblo lo ha conocido siempre como Nené, un hombre que se ganaba las simpatías de los votantes por haberse hecho a sí mismo —empezó como emigrante en Alemania y Holanda y, al regresar, montó distintos negocios— y por su generosidad con todo aquel que pasaba por un mal momento. No le dolía el dinero a la hora de ayudar a un vecino a reparar una vivienda o a curar una dolencia. Llegó a alcanzar tantas cotas de poder que fueron 18 años como alcalde en los que ningún rival le hizo sombra. Pocos viajes hay como el de Nené. Fue un señor alcalde, el más votado de su comarca gallega, tristemente famosa por su relación con el contrabando y el narcotráfico, y ahora tiene que afrontar un gran juicio por su red de contrabando de tabaco, que se extendía por Portugal, Holanda, Suiza, Croacia, Estados Unidos, Reino Unido... (Puga, 2022).¹⁸

Todo el mundo dijo que Nené tenía un *buen carácter*: se ganaba las simpatías, era generoso, ayudaba a los necesitados y, viendo sus fotografías, ofrece una impresión de buenos modales, sencillez y serenidad. Pero no era un ejemplo moral, pues no solo maltrataba al bien común dedicándose al contrabando de tabaco, sino que también trabajó en el lucrativo negocio del contrabando de drogas, sin importarle la vida desgraciada a la que inducía a muchos.

Este conjunto de las cualidades positivas citadas me parece una descripción del primer nivel del buen carácter y no se aleja

mucho de la descripción que se hace en el final de sus días, de don Quijote de la Mancha, de quien dice el narrador que «fue siempre de apacible condición y de agradable trato y por esto no solo era bien querido de los de su casa, sino de todos cuantos le conocían» (Cervantes, 1959, libro II, cap. 74, p. 1128)¹⁹. Apacible, según el DRAE, se refiere a la condición tranquila y de buen temple, es decir, con fortaleza, energía y valentía serena para enfrentarse a las dificultades y los riesgos.

Pero, evidentemente, el concepto de buen carácter es plural, pues hay un nivel superior al que hemos descrito, que aparece cuando se promueve una educación madura del buen carácter, donde surgen, armoniosamente, todos los hábitos consolidados y estables que configuran la excelencia humana. No es un tema nuevo: es muy interesante leer a Marco Aurelio que, a lo largo de su libro *Meditaciones*, hace una exposición de numerosas cualidades del carácter, iniciando el Libro I con la afirmación de que aprendió «de mi abuelo Vero: el buen carácter y la serenidad» (2020).²⁰

Este nivel superior lo expresa Lickona diciendo:

El buen carácter consiste en conocer el bien, desear el bien y hacer el bien: hábitos de la mente, hábitos del corazón y hábitos de acción. Los tres son necesarios para llevar una vida moral; los tres conforman la madurez moral (2001).²¹

Estas palabras nos pueden desalentar. ¿Estamos en condiciones de saber dónde está lo bueno *incondicional* que habremos de llevar a la práctica, aunque nos cueste la vida?

Es indudable que las respuestas filosóficas que se han dado a esta cuestión han sido muy variadas, y creer que todo el mundo tiene capacidad para analizar las diversas teorías de los grandes pensadores carece de sentido. Por ello, son muy interesantes las siguientes palabras de MacIntyre:

En las historias, en contraste con las teorías, encontramos lo universal solo en y a través de lo particular. Lo que necesitamos son historias que impelan a trascenderlas —aunque entonces retorne todo sobre la dirección que nuestro movimiento ha de tomar—. Pueden encontrarse en muchos lugares que apunten más allá de sí mismas hacia las teorías que de hecho necesitamos: en cuentos populares, en los dramas de Sófocles y de Shakespeare, y sobre todo en la *Commedia* de Dante, que nos dirige más allá de sí misma hacia la clase de comprensión teórica proporcionada por los comentarios de Santo Tomás a la *Ética* y a la *Política*.

Una de las cosas que más urge aprender, primero de la narración y luego de la teoría, es que aquel que desarrolla mal su carácter es cada vez menos capaz de entender qué ha aprendido mal y cómo ha caído en tal error: parte de la maldad del carácter malo es la ceguera intelectual en cuestiones morales (1993, pp. 69-70).²²

MacIntyre no cita a Cervantes, aunque cita a Shakespeare, que es coetáneo de Cervantes, pero de otra cultura, tan merecedora como la nuestra de subrayar, como las mejores, ciertas cualidades humanas. Pero como yo he crecido en la cultura española es lógico que al pensar en el nivel superior del buen carácter piense en don Quijote de la Mancha, aunque no olvide que, en ocasiones, fallaba en esa virtud fundamental

que es la prudencia, como reconoce cuando está cerca de la muerte afirmando: «Yo tengo juicio ya, libre y claro, sin las sombras caliginosas de la ignorancia, que sobre él me pusieron mi amarga y continua leyenda de los detestables libros de las caballerías» (Cervantes, 1959).²³

Por tanto, una lectura trascendida del *Quijote* me lleva a proponer las siguientes cualidades, como las que configuran el nivel superior del *buen carácter*. Así nos fijaremos en siete grupos con las cualidades más relevantes, sin pretender citar todas las que aparecen en el conjunto de los 116 capítulos que tienen las dos partes de *El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*:

1. Valentía y magnanimidad

Ya al principio, don Quijote está dispuesto a enfrentarse con un labrador «de buen tallo», provisto de caballo y lanza, que estaba azotando a un muchacho desnudo de medio cuerpo arriba. Nadie le mandaba meterse con ese labrador, probablemente más fuerte que él, y que quizá tuviera sus razones para azotar al muchacho. Pero, «con voz airada» le emplaza a luchar «que yo os daré a conocer ser de cobardes lo que estáis haciendo» (Cervantes, 1959).

Pero, después, tenemos el episodio de los molinos de viento, en el que se mezcla la valentía con la ilusión. El muchacho anterior era real. Ahora bien, confundir grandes molinos con gigantes, y lanzarse contra ellos, es la suma de la valentía —a Sancho dice «si tienes miedo, quítate de ahí, y ponte en oración» (I, cap. 8, p. 69)— con la ilusión de sacar adelante una aventura honrosa.

A veces nos olvidamos de las aventuras y de la magnanimidad, quedando en las calas tibias del egoísmo. No es eso lo que hizo Lindbergh realizando en 1927 el primer vuelo de Nueva York a París, ni lo que consiguió Hernán Cortés enfrentándose al Imperio Azteca, ni lo que vivió la pakistaní Malala Yousefzai, que comenzó a los 11 años defendiendo la educación de las niñas y terminó recibiendo, en el 2014, el Premio Nóbel de la Paz, a los 17 años. Nada de esto se encuentra tampoco en don Quijote, quien considera su obligación no dejar de hacer lo que le compete, contándole a don Diego que

los leones que acometí derechamente me tocaba, puesto que conocí ser temeridad exorbitante, porque bien sé lo que es valentía, que es una virtud que está puesta entre dos extremos viciosos, como son la cobardía y la temeridad; pero menos mal será que el que es valiente toque y suba al punto de temerario que no que baje y toque en el punto de cobarde; que así como es más fácil venir el pródigo a ser liberal que el avaro, así es más fácil dar el temerario en verdadero valiente que no el cobarde subir a la verdadera valentía (II, cap. 17, p. 691).

2. Serenidad y buen temple

Vemos en don Quijote un ejemplo de fortaleza y energía para enfrentarse a dificultades y problemas, siempre al servicio de la justicia, por lo que aconseja a Sancho, al ser nombrado gobernador de una ínsula, que la justicia debe descubrir la verdad, y que «si acaso doblan la vara de la justicia, no sea con el peso de la dádiva, sino con el de la misericordia» (II, cap. 42, p. 867).

Ahora bien, no cabe olvidar que la serenidad está muy unida a la paciencia, pues es preciso en la vida sufrir numerosas adversidades y hemos de saber recibirlas con buen temple, sin olvidar que la obsesión por conseguir inmediatamente los deseos es muy infantil, también porque hay cuestiones que exigen desarrollarse con el tiempo. Decía el bachiller Sansón Carrasco a don Quijote

solo vuestra merced lleva la palma a todos los caballeros andantes porque (todos) tuvieron cuidado de pintaros muy al vivo la gallardía de vuestra merced, el ánimo grande para acometer los peligros, la paciencia en las adversidades y el sufrimiento, así en las desgracias como en las heridas (II, cap. 3, p. 588).

3. Benevolencia y empatía

Dice el narrador de *El ingenioso hidalgo* que don Quijote era «tan amigo de dar gusto a todos», y, poco después, nuestro hidalgo afirma que quiso resucitar la ya muerta andante caballería, habiendo «cumplido gran parte de mi deseo, socorriendo viudas, amparando doncellas y favoreciendo casadas, huérfanas y pupilos» (II, cap. 16, p. 674). El buen carácter está unido al deseo de buscar el bien de los demás, de estar cerca de sus problemas y saber mostrar comprensión e interés por las personas.

4. Humildad y sencillez

Males muy extendidos son la envidia, enojo o tristeza ante el bien ajeno, y la soberbia, la vanagloria y el menosprecio de los demás. Oímos, por el contrario, a don Quijote decirle a Sancho «quien se humilla, Dios le ensalza» (I, cap. 11, p. 88),

del mismo modo que al cura le manifiesta «donde reina la envidia no puede vivir la virtud» (I, cap. 47, p. 505).

Facilita la humildad seguir el viejo principio de conocerse a sí mismo, que don Quijote recuerda a Sancho diciéndole «que es el más difícil conocimiento que puede imaginarse. Del conocerse saldrá el no hincharse como la rana, que quiso igualarse con el buey» (II, cap. 42, p. 885). También es expresión de la humildad la sencillez, el evitar escucharse a sí mismo o la ostentación.

5. Delicadeza y cortesía

Estas cualidades expresan el miramiento que se tiene con las personas, tanto en el modo afable con que se las habla como en el cuidado de la propia presentación, teniendo en cuenta las exigencias del cargo o las específicas de la situación a la que se acude.

Don Quijote pide al caballero pobre que sea «afable, bien criado, cortés y comedido, y oficioso; no soberbio, no arrogante, no murmurador, y, sobre todo, caritativo» (II, cap. 6, p. 604). Por otra parte, a Sancho le señala «no andes, Sancho, desceñido y flojo, que el vestido descompuesto da indicios de ánimo desmalazado (*ant.* de flojo, caído, dejado)» (II, cap. 43, p. 888). Y le concreta «que te adornes con el hábito que tu oficio requiere, con tal que sea limpio y bien compuesto» (II, cap. 51, p. 962).

6. Gratitud y relación con Dios

No se puede decir que tenga buen carácter quien considera que todos los demás

deben estar a su servicio, sin ser capaces ni de agradecer que en una tienda se nos reciba con una sonrisa. Por el contrario, leemos que don Quijote dice a la ventera: «tendré eternamente escrito en mi memoria el servicio que me habedes fecho, para agradecéroslo mientras la vida me durare» (I, cap. 16, p. 132).

Ahora bien, además, don Quijote afirma

la ingratitud es hija de la soberbia, y uno de los mayores pecados que se sabe, y la persona que es agradecida a los que bien le han hecho, da indicios de que también lo será a Dios, que tantos bienes le hizo y de continuo le hace (II, cap. 51, p. 962).

A lo largo del libro, Cervantes deja claro que la virtud tiene una recompensa infinita, pues

sé que la senda de la virtud es muy estrecha y el camino del vicio, ancho y espacioso; y sé que sus fines y paraderos son muy diferentes: porque el del vicio, dilatado y espacioso, acaba en muerte, y el de la virtud, angosto y trabajoso, acaba en vida, y no en vida que se acaba, sino en la que no tendrá fin (II, cap. 6, p. 604).

7. *Templanza*

En unos tiempos de desenfrenado consumismo, especialmente penoso cuando es conocida la gran pobreza de tantos pueblos más o menos lejanos e incluso de personas cercanas, puede llamar la atención leer a un emperador romano declarar que consideraba

un gran favor divino [...] haber conservado la flor de mi juventud y el no haber demostrado antes de tiempo mi virilidad, sino incluso haberla demorado por algún tiempo;

el haber estado sometido a las órdenes de un gobernante, mi padre, que debía arrancar de mí todo orgullo y llevarme a comprender que es posible vivir en palacio, sin tener necesidad de guardia personal, de vestidos suntuosos, de candelabros, de estatuas y otras cosas semejantes y de un lujo parecido; sino que es posible ceñirse a un régimen de vida muy próximo al de un simple particular, y no por ello ser más desgraciado o más negligente en el cumplimiento de los deberes que soberanamente nos exige la comunidad (Marco Aurelio, o. c., libro I, n.º 17).²⁴

La templanza modera los apetitos humanos sujetándolos a la razón, pero, además, pone un elemento de sobriedad y continencia en nuestro actuar que facilita una felicidad que no encontrará el obsesionado por placeres efímeros, que dejan a la persona siempre insatisfecha.

Don Quijote, como Marco Aurelio, hace una llamada a la templanza. Pide a Sancho que

sea moderado en el sueño; que el que no madruga con el sol no goza del día; y advierte, ¡oh, Sancho!, que la diligencia es madre de la buena ventura; y la pereza, su contraria, jamás llegó al término que pide un buen deseo (II, cap. 43, p. 890),

así como le muestra la importancia de comer poco y cenar «más poco; que la salud de todo el cuerpo se fragua en el estómago. Sé templado en el beber, considerando que el vino demasiado ni guarda secreto ni cumple palabra» (II, cap. 43, p. 889), y del mismo modo le insiste en

no te muestres, aunque por ventura lo seas (lo cual yo no lo creo), codicioso, mujeriego,

ni glotón; porque en sabiendo el pueblo y los que te tratan tu inclinación determinada, por allí te darán batería, hasta derribarte en el profundo de la perdición (II, cap. 51, p. 962).

La relación de las cualidades que configuran un buen carácter maduro es más amplia de la que hemos ofrecido, pero lo que se ha señalado quizá conforma el núcleo básico de la segunda acepción del buen carácter, en la que se dan, armoniosamente, los hábitos consolidados y estables que configuran la excelencia humana y que son especialmente importantes para alcanzar la felicidad.

Naturalmente, como hemos oído a don Quijote, sabemos que cualquier cualidad humana debe estar medida por la prudencia, que fija lo que suele definirse como «la recta razón de las cosas agibles».

6. Conclusiones

El objetivo de este artículo era señalar el plural concepto de *buen carácter*, que es, quizá, más variado en español que en inglés, determinando los distintos niveles que se pueden encontrar en el uso de estos términos y exponiendo los elementos básicos de cada uno de ellos, tras un análisis filológico, filosófico y psicopedagógico.

Por último, considero oportuno concluir con tres advertencias fundamentales:

- a) Es cierto que *tener carácter* implica la vinculación a unos principios, mientras que el temperamento se refiere a realidades heredadas por la persona, que también tienen fuerza. Pero hemos de tener presente que, si nos empeñamos,

podemos influir y cambiar esas realidades, del mismo modo que hemos de preocuparnos de la educación del buen carácter de las personas que, de algún modo, dependen de nosotros. A veces, nos amparamos en que no podemos cambiar, pues son *cosas de mi forma de ser*; olvidando que, en estos casos, *habrá que estudiar cómo trabajar más la forma de ser*. Nunca olvidemos que la amargura ante esa forma de ser es un veneno, y que es una ingenuidad buscar vías de escape rápido, que destruyen, en vez de ir labrando, aunque sea de modo lento y costoso, las mejoras que necesitamos.

- b) La gasolina que da fuerza a nuestro motor interior es el amor, es sentirse queridos. Tener un amor que aguante el tiempo y los desencuentros requiere un notable esfuerzo, siendo una poderosa ayuda si hemos sabido encontrar respuesta a las preguntas últimas de nuestra existencia, lo que nos ayudará a superar cualquier vacío existencial y nos llenará de alegría.
- c) Si nos dedicamos a la acción educativa, pronto descubriremos que lo más importante es ayudar a los demás a no fracasar en la propia existencia, sino a conseguir desarrollar una vida que valga la pena vivir.

Notas

¹ Valery, P. (20 diciembre 1934). *Rapport sur les prix de vertu* [Informe sobre el premio de la virtud], p. 2. www.academie-francaise.fr/rapport-sur-les-prix-de-vertu-1934.

² Peters, R. S. (1981). *Moral development and moral education* [Desarrollo moral y educación moral]. Allen & Unwin.

³ Kant, I. (1991). Del carácter como índole moral. En *Antropología* (pp. 238-239). Alianza.

⁴ [d, pp. 240-241.

⁵ [d, p. 242.

⁶ Goldberg, L. R. (1990). An alternative description of personality. The Big-Five factor structure [Una descripción alternativa de la personalidad. La estructura factorial de los Cinco Grandes]. *Journal of Personality and Social Psychology*, 59 (6), 1216-1229.

⁷ Cattell, R. B. (1943). The description of personality: Basic traits resolved into clusters [La descripción de la personalidad: rasgos básicos resueltos en clusters]. *The Journal of Abnormal and Social Psychology*, 38 (4), 476-506.

⁸ Kristjánsson, K. (2013). Ten myths about character, virtue and virtue education. Plus Three well-founded misgivings [Diez mitos sobre el carácter, la virtud y la educación en la virtud. Más tres dudas bien fundadas]. *British Journal of Education Studies*, 61 (3), 273-274.

⁹ Zubiri, X. (1986). *Sobre el hombre*. Alianza, p. 440.

¹⁰ Vid. sobre este tema: Ibáñez-Martín, J. A. (2021). La enseñanza de la filosofía y el cultivo de la inteligencia. Una segunda mirada al sentido crítico y al adoctrinamiento. *revista española de pedagogía*, 79 (278), 33-50.

¹¹ Ortega y Gasset, J. (1964). Historia como sistema. En *Obras Completas*, vol. VI, 6ª ed. Revista de Occidente, p. 13.

¹² Platón. *La República*, 436 a.

¹³ Platón. *Las Leyes*, 747 d-e.

¹⁴ Hernández, M. (1938). *Vientos del pueblo nos llevan*. <https://www.poemas-del-alma.com/miguel-hernandez-vientos-del-pueblo-me-llevan-hm>.

¹⁵ Blázquez, N. (2014). Conferencia de Xavier Zubiri para la historia. *Stodium*, 54 (3), 433.

¹⁶ Machado, A. (1951). A don Miguel de Unamuno. En Manuel y Antonio Machado, *Obras completas*, Plenitud, p. 853.

¹⁷ Arthur, J., Kristjánsson, K., Harrison, T., Sanderse, W. y Wright, D. (2017). *Teaching character and virtue in schools* [Enseñar carácter y virtud en la escuela]. Routledge, pp. 18-33.

¹⁸ *El Mundo*, 7 de octubre de 2022. Nené, el contrabandista de tabaco que movía un negocio de 72 millones desde el sillón de alcalde. <https://www.elmundo.es/cronica/2022/10/07/63376175e4d4d8ae288b45a2.html>

¹⁹ Cervantes, M. de (1959). *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Aguilar, libro II, cap. 74, p. 1128.

²⁰ Marco Aurelio (1983). *Meditaciones*. Gredos, libro I, nº 1. El trabajo más interesante realizado sobre Marco

Aurelio es el de Hadot, P. (1992). *La citadelle intérieure* [La ciudad interior]. Fayard.

²¹ Lickona, T. (2001). What is good character? And how can we develop it in our children [¿Qué es el buen carácter? Y cómo podemos desarrollarlo en nuestros hijos]. *Reclaiming Children and Youth*, 9 (4), 240.

²² MacIntyre, A. (1993). Persona corriente y filosofía moral. Reglas, virtudes y bienes. *Convivium*, 5, 69-70. En relación con la importancia de la buena lectura para la buena educación del carácter tienen especial interés: Carr, D. (2003). Spiritual, moral and heroic virtue: Aristotelian character in the Arthurian and Grail narratives [Virtud espiritual, moral y heroica: el carácter aristotélico en las narraciones artúricas y del Grial]. *Journal of Beliefs and Values*, 24 (1), 15-26; Carr, D. y Harrison, T. (2015). *Educating character through stories* [Educar el carácter a través de las historias]. Imprint Academic; y Arthur, J., Harrison, T., Carr, D., Kristjánsson, K., Davison, I., Hayes, D., Higgins, J. y Davison, J. (2014). *Knightly virtues. Enhancing virtue literacy through stories. Research Report* [Virtudes caballerescas. Potenciar la alfabetización en virtudes a través de los cuentos. Informe de investigación]. The Jubilee Centre for Character & Virtue.

²³ Cervantes, o.c. II, 74, p. 1126.

²⁴ Marco Aurelio o. c., libro I, nº 17.

Referencias bibliográficas

Allport, G. (1937). *Personality: a psychological interpretation* [Personalidad: una interpretación psicológica]. Holt.

Arthur, J., Harrison, T., Carr, D., Kristjánsson, K., Davison, I., Hayes, D., Higgins, J. y Davison, J. (2014). *Knightly virtues. Enhancing virtue literacy through stories. Research Report* [Virtudes caballerescas. Potenciar la alfabetización en virtudes a través de los cuentos. Informe de investigación]. The Jubilee Centre for Character & Virtue.

Arthur, J., Kristjánsson, K., Harrison, T., Sanderse, W. y Wright, D. (2017). *Teaching character and virtue in schools* [Enseñar carácter y virtud en la escuela]. Routledge.

Blázquez, N. (2014). Conferencia de Xavier Zubiri para la historia. *Stodium*, 54 (3), 425-454.

Carr, D. (2003). Spiritual, moral and heroic virtue: Aristotelian character in the Arthurian and Grail narratives [Virtud espiritual, moral y heroica: el carácter aristotélico en las narraciones artúricas y del Grial]. *Journal of Beliefs and Values*, 24 (1), 15-26.

- Carr, D. y Harrison, T. (2015). *Educating character through stories [Educar el carácter a través de las historias]*. Imprint Academic.
- Cattell, R. B. (1943). The description of personality: basic traits resolved into clusters [La descripción de la personalidad: rasgos básicos resueltos en clusters]. *The Journal of Abnormal and Social Psychology*, 38 (4), 476-506.
- Cervantes, M. de (1959). *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Aguilar.
- Goldberg, L. R. (1990). An alternative description of personality. The Big-Five factor structure [Una descripción alternativa de la personalidad. La estructura factorial de los Cinco Grandes]. *Journal of Personality and Social Psychology*, 59 (6), 1216-1229.
- Hadot, P. (1992). *La citadelle intérieure [La ciudad interior]*. Fayard.
- Hernández, M. (1938). *Vientos del pueblo me llevan*. <https://www.poemas-del-alma.com/miguel-hernandez-vientos-del-pueblo-me-llevan.htm>
- Ibáñez-Martín, J. A. (2021). La enseñanza de la filosofía y el cultivo de la inteligencia. Una segunda mirada al sentido crítico y al adoctrinamiento. *revista española de pedagogía*, 79 (278), 33-50. <https://doi.org/10.22550/REP79-1-2021-11>
- Kant, I. (1991). Del carácter como índole moral. En *Antropología* (pp. 238-239). Alianza.
- Kristjánsson, K. (2013). Ten myths about character, virtue and virtue education. Plus Three well-founded misgivings [Diez mitos sobre el carácter, la virtud y la educación en la virtud. Más tres dudas bien fundadas]. *British Journal of Education Studies*, 61 (3), 269-287.
- Lickona, T. (2001). What is good character? And how can we develop it in our children [¿Qué es el buen carácter? Y cómo podemos desarrollarlo en nuestros hijos]. *Reclaiming Children and Youth*, 9 (4), 239-251.
- Machado, A. (1951). A don Miguel de Unamuno. En M. Machado y A. Machado, *Obras completas* (p. 853). Plenitud.
- MacIntyre, A. (1993). Persona corriente y filosofía moral. Reglas, virtudes y bienes. *Convivium*, 5, 63-80.
- Marco Aurelio (1983). *Meditaciones*. Gredos.
- Ortega y Gasset, J. (1964). Historia como sistema. En *Obras Completas*. Vol. VI (p. 13). Revista de Occidente.
- Peters, R. S. (1981). *Moral development and moral education [Desarrollo moral y educación moral]*. Allen & Unwin.
- Platón (1988). *La República*. Alianza.
- Platón (1960). *Las Leyes*. Instituto Estudios Políticos.
- Puga, N. (7 de octubre de 2022). Nené, el contrabandista de tabaco que movía un negocio de 72 millones desde el sillón de alcalde. *El Mundo*. <https://www.elmundo.es/cronica/2022/10/07/63376175e4d4d8ae288b45a2.html>
- Valery, P. (1934). Rapport sur les prix de vertu [*Informe sobre el premio de la virtud*]. *Académie française*. www.academie-francaise.fr/rapport-sur-les-prix-de-vertu-1934
- Zubiri, X. (1986). *Sobre el hombre*. Alianza.

Biografía del autor

José Antonio Ibáñez-Martín es Doctor en Filosofía por la Universidad Complutense de Madrid. Catedrático de Filosofía de la Educación de la misma universidad, donde fue Vicedecano y Director de Departamento, entre otros cargos. Profesor Emérito de la Universidad Complutense de Madrid, que le concedió la Medalla al Mérito Docente, tras su jubilación. Es Catedrático Emérito de la Universidad Internacional de La Rioja, donde ha sido Vice-Rector de Doctorado y donde ha creado y dirigido el Máster de Educación del carácter y Educación emocional. Sus líneas de investigación se centran en el estudio de las bases antropológicas, los supuestos crítico-filosóficos de los procesos educativos, la formación moral y cívica dentro de los sistemas democráticos, y la educación del carácter. Tiene numerosas publicaciones y diversos premios. Gran Cruz de Alfonso X el Sabio.

 <https://orcid.org/0000-0002-1171-7117>